

## **Escribir las periferias: representaciones literarias de la segregación urbana**

**en *Las Colinas del Hambre* de Rosa Wernicke**

**Diego P. Roldán y Cecilia M. Pascual**

**Universidad Nacional de Rosario - CONICET**

### **Resumen**

En esta comunicación se rastrean las formas literarias de la representación de la ciudad en el período de expansión de Rosario y durante la entreguerras. A través de la novela de Rosa Wernicke, se estudian las imágenes literarias de Rosario a comienzos de los años 1940s. Entre 1887 y 1926, los censos de municipales retratan un crecimiento vertiginoso de la ciudad y su literatura confirma la estabilización de sus cualidades modernas. Sin embargo, esas representaciones de lo urbano ignoraban los costados menos autocomplacientes del progreso. La literatura de Wernicke nos permite explorar las periferias de una ciudad que se imaginaba a sí misma como homogéneamente moderna y carente de bordes y contradicciones.

### **Palabras clave**

Literatura–Periferia – Ciudad – marginalidad – pobreza

### **Introducción**

El registro literario en la reconstrucción histórica de las sociedades latinoamericanas fue puesto de relieve, al promediar la década de 1970. Una de las premisas de algunos estudios de Richard Morse (1978; 1985) fue provocar una aproximación cualitativa a la investigación urbana, promover una nueva disposición analítica que vinculara la visión de los ensayistas y los novelistas con la imaginación historiográfica y sociológica. Pocos años antes, José Luis Romero (1976) afirmó que las ciudades eran mucho más que su forma física, su traza urbana, relaciones de producción, mercado y jurisdicciones locales. Sin desacoplarse de las dimensiones económico-sociales, la cultura urbana y especialmente la cultura política dominaron la tipología elaborada por Romero para las ciudades latinoamericanas. Urbanizaciones a las que el historiador argentino observó divididas entre una ciudad formal y otra real. Ese dualismo, que escandía a la ciudad real y la letrada, fue especificado en la obra de Ángel Rama (1998). Para el crítico uruguayo, la ciudad real dependía de una red de símbolos, urdimbres de señales, índices, diagramas, siglas, logotipos, imágenes convencionales, números, etc. Recuperando lenguajes intersubjetivos, evadiendo el regionalismo y pensando a Latinoamérica como una totalidad, Rama estudia las culturas escritas y establece una agenda de problemas y tópicos que

fructificaron en nuevas pesquisas de la crítica. A su criterio, la ciudad letrada perdura y domina a la ciudad real.

Más recientemente Sandra Jathay Pesavento (1995) afirmó que las representaciones forman parte constitutiva de la realidad y Adrián Gorelik (2004: 280) sostuvo que la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente y que las representaciones urbanas inciden en el sentido y las características de la transformación material de la ciudad.

Este ensayo acusa el impacto del viraje metodológico de una historia construida a partir y desde las fuentes literarias (Pike 1981 y Almandoz 2002). En las páginas siguientes, se explora *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke (1943), una novela escrita en y sobre Rosario que se alzó con el premio anual de literatura argentina y fue publicada por la editorial Claridad. La autora se sumerge en el universo oculto y ocultado que forman el vaciadero de basuras y las vidas miserables de sus habitantes. Ese cuadro se despliega en un abrupto contraste con el centro, la meca del lujo y la cuna de la vida feliz de ciudadanos alienados e indiferentes. Estos dos sectores de la ciudad y estas dos figuras literarias constituyen la base para (re)pensar a la ciudad de Rosario y sus representaciones literarias.

### **Modernidad unidimensional**

Rosario es una ciudad puerto emplazada a orillas del Paraná, al sur de la provincia de Santa Fe. Hija del proceso de modernización de fines del siglo XIX, su historia comenzó a acelerarse cuando la libre navegación de los ríos permitió una expansión económica a gran escala. La feracidad de su hinterland, el tendido de cuatro ferrocarriles y la remodelación de su puerto le permitieron intermediar en el tráfico de numerosas materias primas.

A comienzos del siglo XX, la ciudad experimentaba tiempos de prosperidad. Una confianza ciega en el futuro se apoderó de sus calles y tráfico. El desarrollo económico y urbano parecía inagotable. Confirmando esas presunciones, las estadísticas se desplegaron con frecuencia y a gran velocidad. Tres censos fueron levantados en la primera década del siglo XX. Deseos y realizaciones parecieron conciliarse entre los cuadros, diagramas, cifras, fotografías y narraciones. El resultado numérico era contundente: entre 1900 y 1914 Rosario había pasado de los 90 mil a los 250 mil habitantes.

Con ese avance, la ciudad adquirió fama de moderna e hija de su propio esfuerzo, pero también de comercial y fenicia. La *self made city* era el producto de una modernización reciente, animada por la inmigración y el mercado. Un ciudad importante pero que carecía de identidad. Su arquitectura era el corolario de una mezcla, su voz un murmullo babélico y su cultura permanecía ensombrecida por las actividades económicas.

Fragmentos modernos se derramaron por el centro de Rosario, se elevaron importantes edificios, se trazaron anchos bulevares, se pavimentaron las calles hasta con maderas francesas y se reservaron terrenos para un gran parque central. Un sistema de tranvías eléctricos modernizó las comunicaciones a partir de 1905. Pero en las periferias, esas novedades llegaron tan sólo como ecos distantes. Heridos, enfermos, deformados, los emisarios del progreso y la civilización alcanzaron las barriadas.

Rosario extendió su urbanización entre 1910 y 1920. Algunos servicios públicos ganaron la periferia, los cables de energía eléctrica y los rieles tranviarios avanzaron sobre el sur y el norte. Con la extensión de las funciones urbanas, los terrenos fueron puestos en valor por los operadores inmobiliarios y pequeños lotes pudieron adquirirse en cien mensualidades sin interés. Descongestionar el centro pareció la solución a los problemas habitacionales del

conventillo, pero los márgenes de la ciudad, sobre todo su extremo sur, estarían bastante lejos de ese paraíso terrenal.

Rosario continuó jactándose de su posición privilegiada. Estadísticas, periódicos y novelas reforzaban una proyectiva triunfal. El hechizo del progreso se apoderaba de los redactores. Un *efecto de verdad* propio de los censos que tienden a borrar el punto de vista y los procesos de su fabricación se tradujo a la literatura, las narrativas numéricas dejaron su huella en una narrativa autocelebratoria.

*La Ciudad Cambió de voz*, una novela publicada en 1938, y que narra el ascenso de un hombre de negocios cuya fortuna prospera junto a la ciudad, trazó un bosquejo literario de la urbe en crecimiento. Su autor, Mateo Booz (1938) muestra a la ciudad ensanchándose por obra del trabajo duro y la moral ascética de sus comerciantes.

La ciudad había duplicado su población y recibido inventos modernos. No en balde estaba en su esplendor el siglo de las luces: teléfonos, aguas corrientes, adoquines, ruedas con gomas y los prodigios de la electricidad. Asombraban los cuadros sinópticos de los estadígrafos [...] empeñados en patentizar con cifras, rayas y pintorescas comparaciones la racha avasalladora de progreso que impulsaba a Rosario. (Booz 1938: 97)

Aunque marginales, hubo otras formas de mirar y pensar la ciudad, pero no alcanzaban a romper con la imagen monolítica irradiada por esta autocomplacencia de la Rosario moderna. Representar los bordes, las periferias en una ciudad que se sabía homogéneamente moderna fue una tarea difícil que demandó casi cuarenta años.

Luego de la crisis de los años 1930s., la imagen de emporio productivo y comercial comenzó a resquebrajarse. El cierre de algunas fábricas como la refinería argentina de azúcar y las dificultades para reactivar el puerto insinuaron los límites del progreso. Nuevos ojos pudieron contemplar lo que otros fueron incapaces de observar. Lograron representar los bordes, la periferia emergente dentro del orden urbano, los lugares donde el progreso no conseguía llegar ni siquiera bajo formas imperfectas.

*Las Colinas del Hambre*, la novela de Rosa Wernicke, polemiza con la visión triunfalista de Rosario y descentra la cartografía de su literatura, retrasa sus calles, itinerarios y mapas simbólicos. Concebida por una narradora porteña afincada en Rosario luego de 1930, *Las colinas del hambre* está en deuda con las experiencias literarias y políticas de claridad, con el boedismo, algunas aguafuertes arltianas y con un realismo por momentos descarnado y brutal. El estilo de la composición oscila entre una condena a la sociedad urbana alienante que margina y produce la miseria y una visión pietista y redentora de la pobreza; cerca del Kordon (1940) de *Un horizonte de Cemento*, pero sin ajustarse por completo a sus presupuestos. Wernicke continúa ofreciéndonos explicaciones y soluciones morales a problemas sociales, porque en el fondo permanece anclada en las proximidades del moralismo didáctico que caracterizó a Claridad (Eujanian y Giordano 2002). Quizá la mayor innovación de su prosa consista precisamente en ponerle palabras a algo que hasta la publicación de su libro permanecía oscuro, callado y oculto: las periferias de una ciudad que celebraba la inexistencia de márgenes o bordes en su espacio social y urbano.

## **Alienación urbana**

Forzando la referencialidad, enfatizando las interdependencias y las dimensiones psicosociales de sus criaturas, en *Las colinas del Hambre* la ciudad funciona alternativamente como escenario y fábrica de historias. La trama representa a Rosario como una ciudad sin fantasmas, los espectros están vivos y deambulan por las calles, son los posibles lastres del progreso y la modernización, el reverso del brillo y la ostentación, habitan una geografía oculta, segregada, distante, ubicada detrás del horizonte de la visibilidad cotidiana. Las calles de la periferia están pobladas por seres ignotos, personas llegadas desde ninguna parte a ese purgatorio social donde los pecadores expían culpas y los santos mueren asesinados por las enfermedades del odio y la ambición.

El relato compone los trazos del arrabal y sus interdependencias como una imagen disruptiva. Wernicke ocupa una posición intermedia, dentro y fuera de la generación de 1940, su prosa se relaciona con las experiencias de claridad y el boedismo, pero sobre todo discute con la novelística local, con una literatura enamorada de su ciudad, incapaz de criticarla y que como la obra antes citada de Mateo Booz era menos moderna que la sociedad que la había engendrado.

Ubicando a los personajes, describiendo morosamente los espacios, la acción se demora, casi se suspende, los actores se retrasan detrás de las bambalinas y las fotografías literarias procuran revelar obsesivamente los detalles del escenario. El *efecto de realidad* es preparado a través de una exhumación paciente y, a veces también exasperante, de pormenores que emergen en cuadros más o menos estáticos (Barthes 2009).

La ciudad es como un teatro sin límites, donde se representa una obra en la que disputan, negocian y alternan habitualmente la verdad y el simulacro. Juegos, analogías y diferencias, secuencias de oposiciones, distancias y jerarquías son construidos y calibrados por Wernicke que espía por el visillo de lo evidente en busca de algunos secretos urbanos. Historias no publicadas por la prensa, vidas omitidas por la literatura y privaciones suburbanas opacadas por el brillo del centro son algunos de sus temas. La escritura de las periferias disfruta extraviándose en las fracturas y las grietas y evita deslizarse cómoda sobre los mármoles; prefiere escudriñar los agujeros donde el dolor y la putrefacción mal disimulados desbaratan la ciudad moderna.

Entrecruzando procedimientos realistas y naturalistas, la ciudad aparece determinada, es la esclava del clima y su sociedad resulta incapaz de enfrentar los avatares naturales, impotente ante las fuerzas exteriores. Rosario, la ciudad que al parecer se había hecho a sí misma, se presenta menos activa, totalmente dócil y resignada ante una realidad que estaba fuera de su alcance. Pero esa impotencia era ante todo una elección. *Las Colinas del Hambre* prepara las críticas y aplica sus filos a la política y la sociedad locales. En algunos tramos, el estilo deviene recurso analítico y la forma avanza sobre el contenido para dominarlo.

Las imposibilidades de la ciudad estaban formadas sobre todo por la desidia de sus habitantes que se movían como obedientes engranajes de una fatal maquinaria, como marionetas que desconocían el sentido de sus agitaciones. En las calles de Rosario los hombres no conseguían realizarse, se extraviaban mutuamente y a sí mismos en los intrincados laberintos de la alienación urbana. Aprisionados por la cárcel gris de sus pasiones, los rosarinos habitaban una ciudad que a su vez los habitaba, una ciudad que habían construido, pero que cotidiana y secretamente los construía. Un territorio jerarquizado por ambiciones, egoísmos y soberbias formaba un conjunto de impulsos inconscientes que ataban y torcían las interacciones sociales. Los movimientos y la acción estaban dictaminados por las fuerzas de un motor pasional.

Los mendigos reposaban en los umbrales de los edificios públicos, ese descanso los transformaba en los mensajeros de una periferia lejana, hostil y oculta. Con su presencia casi infiltrada, herían y alteraban el proyecto de uniformidad del centro. El ritmo febril de la vida metropolitana impedía una percepción clara de la miseria, el tráfico rápidamente restituía una homogeneidad acelerada. Solo momentáneamente podía verse la silueta de los pobres; luego de un vistazo fugaz los ojos *corregían* esa imagen *adulterada*. La premura de las actividades obligaba a quitarles la vista, a continuar con una marcha ciega e interminable. Insensible frente al espectáculo del sufrimiento, la ciudad le exigía al transeúnte pasar de largo. Todo lo que pudiera descomponer sus rutinas, obligaciones, horarios y pautas debía apartarse y olvidarse (Simmel 2004). El tiempo valía oro y la consternación no podía extenderse más que por unos segundos.

La novela está ambientada en 1937. Todavía en esa fecha la ciudad continuaba jactándose de sus obras y narcotizándose con sus proyectos de un gran monumento a la nación, un espléndido jardín zoológico, un lujoso club hípico y un museo de bellas artes. Domesticada por el puerto y los ferrocarriles, la naturaleza sería embellecida por nuevas obras, pero lejos, en las barriadas invisibles esa misma naturaleza continuaba imponiendo condiciones y ritmos a la existencia de los hombres y las mujeres.

## Dos Rosarios

En *Las Colinas del Hambre* la ciudad está quebrada, aparece como un universo dualizado y dualizador. Allí, el centro está perfectamente recortado de los suburbios y el contraste entre el norte y el sur es intencionalmente abrupto. Pero si las fronteras materiales eran permeables, móviles y salvables, los hombres podían trasladarse de un lado a otro, lograban fluir por las redes de la ciudad, las fronteras simbólicas, en cambio, eran más rígidas, en cada trayecto era imposible olvidar el origen.

La visión partida y binaria de Wernicke homologa el *zoning* de Buenos Aires con el de Rosario, proyecta una planta urbana sobre la otra. A fines del siglo XIX, los higienistas anunciaron la división de la capital en un norte opulento e higiénico y un sur miserable y pestilente (Armus 2007). Cuando se discutió el régimen municipal y los problemas urbanos de Buenos Aires, al promediar la década de 1910, el partido socialista sostuvo la vigencia y el recrudescimiento de ese cuadro escindido. *La ciudad libre* de Mario Bravo (1919) tradujo a los códigos de la cuestión social y urbana esas disyunciones. El norte y el sur quedaron separados por una barrera invisible, aunque altamente eficiente. Escindido en clases, el espacio social se inscribió de manera perdurable en el orden de las representaciones emergentes de una materialidad urbana dinámica y moderna.

Esta representación de Buenos Aires, la ciudad natal de Wernicke, se sobreimpresió a la de Rosario, cuyos espacios intermedios y matices fueron omitidos por la prosa de *Las Colinas del Hambre*. Para que Rosario se convirtiera en una ciudad dual, las zonas grises debían ser borradas, tan sólo podía existir un dicromatismo absorbente y autoritario. Las colinas del hambre dibujan en blanco y negro las siluetas de la opulencia y la miseria yuxtapuestas y contrastadas. Los barrios populares del oeste, las asociaciones vecinales del norte y los nacientes sectores medios son disimulados por la descripción avasallante de la miseria. El sur desconoce estratificaciones, para Wernicke allí solo es posible la pobreza extrema. Asimismo, el centro también es expurgado de ambigüedades. Los conventillos y las casas de inquilinatos, si

bien habían decaído en número para fines de los años 1930s., todavía subsistían en el corazón de la ciudad. Aunque no encuentran lugar en los párrafos de *Las Colinas del Hambre*.

La escritura del centro toma como parámetro los comercios refulgentes y los edificios monumentales, donde solo existe espacio para la abundancia y el derroche. La realidad urbana queda así simplificada; el realismo literario la aplana, silencia sus matices, suprime sus vacilaciones. El diálogo intertextual entre las representaciones de Buenos Aires y Rosario hace su trabajo. La imagen crítica de la gramática urbana solo estaba disponible para la primera de estas dos ciudades., Wernicke toma en préstamo ese esquema y lo traspone al plano de Rosario. Con ese procedimiento no solo se modifican los nombres sino también los contenidos de las relaciones, y el esquema mismo se resiente, se desestabiliza y desplaza en el proceso de traducción.

En la novela, el centro establece un continuum con el norte. El primero se destacaba por la ornamentación edilicia, mientras el segundo lo hacía por una frondosa vegetación. En ambos estaba ausente la pobreza extrema. Al norte no abundaban las urbanizaciones compactas. El río y los árboles, sin embargo, hipnotizaban al paseante; la visión de la naturaleza determinaba el paisaje. Desde los años 1940s. esa fue la zona elegida para producir parques y balnearios modernos.

Los edificios de renta, las tiendas, palacios y comercios realzaban el centro. La grilla era regular, aunque las calles eran demasiado angostas. El aire no circulaba con facilidad, la atmósfera estaba encajonada. La especulación inmobiliaria había trazado un damero antihigiénico. Pero la conservación urbana y las tareas de limpieza y embellecimiento disimulaban la falta de una naturaleza vivificante. El puerto, los elevadores de granos y los galpones amurallaban el río. De espaldas a la ribera, los rosarinos; ignoraban el puerto casi tanto como el campo, las dos fuentes de prosperidad de la urbe quedaban ocultas y segregadas de las relaciones sociales cotidianas. Los hombres estaban demasiado ocupados en sus negocios como para alzar la vista al horizonte. El creciente ritmo de la vida les impedía una perspectiva menos angosta.

Los letreros con anuncios se arracimaban como enredaderas sobre las fachadas, componían la expresión de una ciudad que se ensanchaba y empequeñecía junto a sus mercados, intercambios y dineros. Extraviadas entre los mostradores, los atributos cualitativos de la ciudad narraban su proceso de abstracción, su conversión a los códigos de la eficacia y la impersonalidad. En los edificios de renta y en la Bolsa de Comercio la vida era “jadeante, cruel y precisa” (Wernicke 1938: 13); la danza de los millones transfería su ritmo. Rosario era capaz de nivelar todas las aptitudes y cualidades, las cantidades continuaban alimentando el mecanismo de su espíritu fenicio.

El centro permanecía bien iluminado, limpio, ordenado, lujoso. La parte deslumbrante y encantadora de la ciudad irradiaba su luz, pero, a medida que los personajes la abandonaban, su fulgor era más tenue. El agua, la luz, los pavimentos y el transporte no llegaban a todas partes. En la barriada de los Mataderos, donde está ambientada *Las Colinas del Hambre*, las calles eran oscuras, el agua se mantenía estancada y el polvo distinguía los caminos. “En la noche, un pavor inexpresable sume aquellas callejuelas sin luz en un silencio tan negro, quieto y profundo...” (Wernicke 1938: 20). En los intersticios de esos barrios olvidados, el cielo y el infierno coexistían en Rosario en un solo plano espaciotemporal.

El vaciadero se encontraba a orillas del Paraná, al sur de la ciudad y en el centro de la novela. Los desperdicios eran su materia esencial. Todo lo que Rosario quería expulsar, allí se acopiaba. Las basuras se amontonaban sin orden, formando un caos que ocultaba enfermedades y desesperanzas. Desde el vaciadero apenas se veía el río, los sembradíos de escorias tapiaban

las barrancas. No era el puerto, ni los galpones del ferrocarril, ni el edificio de la aduana los que impedían la contemplación de la naturaleza. El horizonte del vaciadero estaba cegado por las deyecciones de la ciudad.

El vaciadero estaba próximo al puerto, al ferrocarril, a los terrenos del viejo matadero municipal, a los tanques de combustible de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y, paradójicamente, al Ministerio de Obras Públicas. Los terrenos eran bajos y, por tanto, inundables. Delgados callejones surcaban la barriada, como el azar la vida de sus habitantes. La (des)organización del trazado era tan incierta como el futuro. El rancharío de lata estaba ubicado en los terrenos del ferrocarril. Las viviendas se hacinaban, sus habitantes eran demasiados. Los niños jugaban entre las basuras. A veces, asidos por una cuerda, se sumergían en las montañas de desechos para capturar objetos de valor improbable, mientras alguien, los jalaba para recobrarlos del mar de residuos. Los niños topos eran señuelos y aprendices en la explotación de la basura. El hacinamiento establecía un estilo de vida común para hombres, mujeres y animales. Todos habitaban un continuum indiferenciado. Los materiales de construcción eran precarios: desechos de orígenes múltiples y utilidad incierta. Sus moradores vivían a la vista de todos; la barriada era scópica, no existía la vida privada de tipo burgués.

Nadie moraba solo en su casa. Las miradas le recordaban una compañía inevitable, el individuo estaba rodeado de ojos. El barro y el agua, cuando llovía, y la tierra, cuando estaba seco, dominaban calles y casas. Las únicas posesiones de esta gente eran el sol y el conformismo.

“Es maravilloso descubrir el ingenio con que los pobres del mundo suelen sacar provecho y utilidad de todo lo inservible” (Wernicke 1938: 20). La pericia del marginal es el producto de su posición. Desarrollada en medio de necesidades impuestas por un espacio social desfavorable, la astucia del pobre es un sustituto y una compensación de los “verdaderos” valores. A quienes la educación y la cultura les fueron negadas no pueden enorgullecerse de su inteligencia, aunque sí de sus ardidés. (Rosa 1997)

## **Representaciones alternas**

Los desagües de la curtiembre del barrio confluían en una laguna que estaba cerca del rancharío. La contaminación era enorme, sangre y residuos fermentaban en las canaletas. En las tardes de verano, el olor que despedían se hacía intolerable. El aire que respiraban y respiran los pobres, el suelo que pisaban y pisan, y el agua que bebían y beben no es la misma que la del resto de la ciudad (Auyero y Swistum, 2008). El ambiente estaba dañado y los cuerpos enfermaban. La menor calidad del medio pesaba sobre las relaciones humanas, en el vaciadero el trabajo era indignidad y desesperanza. Para los habitantes de la barriada no existía el futuro, el tren del progreso esquivaba sus casillas. Percibido como una cárcel, el barrio encerraba los despojos y a los despojados de la ciudad.

El vaciadero representaba lo sucio y lo pobre. El pobre estaba manchado y deshonrado, sus estigmas eran materiales y simbólicos. Vivía en el borde de la ciudad, en el confín de la higiene y de las políticas públicas, donde se configuraba un desierto civilizatorio y humano. Esa tierra yerma, esa inexistencia, se construye por oposición al centro. El vaciadero era la negación de la ciudad. Para los felices, los que vivían en el centro y tenían dinero, la miseria era un misterio: siempre presente, pero pocas veces visto y aun más raramente interrogado. Wernicke pensaba que la pobreza era un enigma capaz de explicar la parte de la historia indócil al ideario humanista. Su novela, en cierta forma, es una inquisición a la pobreza. El extrañamiento resulta

el procedimiento literario principal que se emplea para convencer al lector de emprender ese viaje, cuyo destino es lo exótico, lo diferente. A veces esa alteridad es total, casi perfecta. La autora sugiere que para hallar a alguien completamente distinto, los rosarinos quizá no tuvieran que viajar lejos. A pocos kilómetros del centro, hombres mujeres, niños y animales existían de una forma y con un sentido absolutamente disímil.

La ciudad miserable quizá fuera más real que la ciudad opulenta, pero también era más desconocida para un posible lector. La zona del vaciadero estaba opacada bajo la hegemonía de la ciudad escrita. Descarnadas y desgarradoras, las escenas de la miseria poseían un efecto de verdad tenue en la literatura local. La ciudad del vaciadero era menos real porque de ella no se escribía, porque no poseía una representación, nadie la había objetivado, no había sido puesta en palabras. Era pura existencia bruta, sin sentido más que para sus habitantes. La irrealidad del vaciadero se correspondía con la de una ciudad no escrita. En la novela de Wernicke, esa ciudad ausente era la ciudad no dicha, su existencia era muda y desconocida. Como todo aquello sobre lo que no se produce sentido, su existencia es frágil, está amenazada por el olvido.

Las representaciones del vaciadero son las de una alteridad total: lo que no tiene nombre, de lo que no se habla. El otro, completamente otro, habita en la propia casa, es la parte negada de la ciudad. La segunda ciudad de la república deseaba separarse de los pobres; por tanto, los alejaba y les sobreimprimía el sentido de lo exótico. “Lo que oculta es algo que nadie quiere ver porque es demasiado feo, triste y desamparado. Los habitantes del centro no quieren ver, cierran los ojos y se tapan los oídos” (Wernicke 1938 : 14). La negación articulaba un mecanismo defensivo; gracias a su intermediación el resto de la ciudad podía conservar su identidad y dignidad. Olvidar sus estigmas y deterioros, negar lo que era incapaz de integrar, lo que ponía en entredicho su pureza, lo que podría contaminar su imagen formaban las preferencias de la ciudad. La construcción literaria del vaciadero se establece a partir de una estrategia que practica un corte abrupto, casi en abismo. Lo cotidiano para el habitante del centro (para el ocasional lector de la novela) era la ciudad que había conquistado su nueva voz, pero esa ciudad céntrica se suspendía al llegar a la barriada. Lo extraordinario, entonces, estaba formado por las vidas grises y miserables del vaciadero. Establecer distancias irreconciliables, abrir un foso entre las dos caras de la ciudad, no solo es un recurso para atraer al lector; también permite producir una imagen verosímil del vaciadero. La exotización de la barriada responde menos a los prejuicios de la autora que a los de su público.

## Palabras finales

En *Las colinas...* el extrañamiento es una forma de hallar la verdad, una manera de descorrer los velos y mostrar lo que existe más allá de las apariencias y de las rutinas. Desnaturalizando la percepción del centro y la periferia, Wernicke consigue informarnos acerca de la existencia de otros: esos que también habitan la ciudad, que forman parte de su realidad, aunque se les niegue material y simbólicamente. La miseria del vaciadero se producía al norte de ese lúgubre escenario, tan lejos que era imposible vincular su origen con su destino. La barriada era la caja de resonancia de una desigualdad engendrada fuera de sus terrenos. El vaciadero acumulaba lo que se arrojaba desde el centro: el fardo del linyera contiene “toda la inmundicia sobrante de los capitalistas, del mundo burócrata, de los representantes del foro, de la ciencia y de los trabajadores de la industria. Todo lo que desechan los privilegiados, las personas cultas, los criminales, las dueñas de casa, los artistas y los indiferentes” (Wernicke 1938 : 21-22). Las fuentes del vaciadero estaban fuera, en la ciudad indiferente y su



perpetuación era garantizada por un Estado distante e insensible a las vidas de los hombres y mujeres del barrio.

La utopía urbana de Wernicke era minimalista: un poco de justicia, algo de educación y unos hornos incineradores. Reclamaba un municipio cuya política no solo favoreciera al capital, la inversión y las ganancias, sino que distribuyera también los recursos entre los pobres. La denuncia de la segregación urbana de Rosario se combina con una fascinación por la naturaleza del norte y la modernidad del centro. Extender los beneficios de la naturaleza y la modernidad hacia la periferia, conciliando ciudad y paisaje era la propuesta de Wernicke que deseaba integrar la barriada al orden social. De haber transformaciones efectivas, estas serían dirigidas desde arriba, por el Estado.

## Bibliografía

- Almandoz, Arturo (2002). "Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana". *Perspectivas urbanas/Urban perspectives*, 1: pp.29-39.
- Armus, Diego (2007). *La ciudad impura*, Buenos Aires, Edhasa.
- Auyero, Javier y Debora Swistum (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*, Buenos Aires, Paidós.
- Barthes, Roland (2009). *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós.
- Booz, Mateo (1938). *La ciudad que cambió de voz*, Rosario, El Litoral.
- Bravo, Mario (1919). *La ciudad libre*, Buenos Aires, Ferrer y Gnoatto.
- Eujanian, Alejandro y Alberto Giordano (2002). "Las revistas de izquierda y la función de la literatura: enseñanza y propaganda". María Teresa Gramuglio (dir.) (2002). *El Imperio Realista. Historia de la Literatura Argentina*. vol. 6, Buenos Aires, Emecé 395-413.
- Kordon, Bernardo (1940). *Un horizonte de Cemento*, Buenos Aires, Ediciones AIAPE.
- Morse, Richard (1978). "Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)". Hardoy, Jorge Enrique y otros (eds.). *Ensayos históricos-sociales sobre urbanización en América Latina*. Buenos Aires SIAP-CLACSO : 91-112.
- Morse, Richard (1985). "Ciudades periféricas como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)". Morse, Richard y Jorge Hardoy (comps.). *La cultura urbana latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 39-62.
- Pesavento, Sandra (1995). "Muito além do espaço: por uma história cultural do urbano". *Estudios Históricos*, 1: 279-290.
- Pike, Burton (1981). *The image of the city in Modern Literature*, Princeton, Princeton University Press.
- Rama, Ángel (1998) [1982]. *La ciudad letrada*, Montevideo, Editorial Arca.
- Romero, José Luis (1976). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria - IdIHCS/CONICET  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata

Rosa, Nicolás (1997). “La mirada absorta”. *La lengua del ausente*. Buenos Aires, Biblos.

Simmel, Georg (2005). “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. *Bifurcaciones*. 4, Santiago de Chile. [www.bifurcaciones.cl](http://www.bifurcaciones.cl)

Wernicke, Rosa (1938). *Las colinas del hambre*, Buenos Aires, Claridad.